

Por las tierras del cóndor y del águila negra

Por: Fernando Cruz

Toda novela es, en el fondo de sí misma, una especie de retorno a la infancia. Un regreso perturbador al país de los orígenes. Por las tierras del cóndor y del águila negra cumple con dicha condición. Mario Rey ha logrado con este trabajo literario una extraordinaria realización. Muy bien escrita, muy bien concebida, muy bien desarrollada y estupendamente terminada. Aquí, el autor ha logrado un tejido muy fino que vincula la historia familiar con la historia social y con la cultura popular de este país de locos y de maltratados desde la cuna. La técnica de exploración, real o simulada, parece haber sido la de la entrevista al padre, al tío y al abuelo. Detrás de todos estos focos de información o fuentes narrativas, siempre hay un Rey que teje la historia familiar y la reconstruye desde la tradición popular. El autor hace de esta maravillosa novela un relato en primera persona donde quien habla siempre es un Rey. Y mientras el uno y el otro quiebran los cristales y lanzan insultos a los más cercanos, el país elige a Marco Fidel Suárez y asesina a Uribe Uribe y a Gaitán, como parte sustancial de su perturbadora leyenda.

En medio de esta rabia familiar y social permanentes, el paraíso es un maravilloso prostíbulo donde van a recalar y a beber su ansiedad algunos de los personajes más representativos de esta historia de parientes que se insultan y se buscan y se aman. En el Paraíso, que lo es realmente, reinan la generosidad y la alegría de la vida. Lucy y La Lunareja, Eréndira y las demás chicas aman sin celos y sin necesidad de apoderarse de nadie, como debería ser. El boxeo de uno de los jóvenes Rey genera una bonanza que

se dilapida con la misma urgencia vital con que es conseguida, allí en el Paraíso. La Bohemia y el culto por la poesía popular atraviesa a la familia Rey y a los amigos que frecuentan. Recitadores y declamadores son todos. Hasta el día que llega al Paraíso un japonés de la tercera edad, solicitando a Lucy la prestación de algunos servicios especiales. El japonés, que parece expresamente escapado de las páginas de la Casa de las bellas durmientes mucho más que de la fracasada historia de Mis putas tristes, quiere extenderse a dormir su ancianidad al lado de una chica dulcemente dormida, previamente empastillada y en manos de un inofensivo somnífero. Hasta el día que muere feliz, sin haberse despertado siquiera.

Entre tanto, los gitanos escandalosos y en la miseria, preparan a todos sus baños mágicos y sus brebajes sanatorios, con el fin de sacarlos de sus males y prepararlos para el duro oficio de vivir, que según Guimarães Rosa es un oficio muy peligroso. Que lo diga Carmen Francesca, la gitana del mundo que enamoró locamente a Pedro Pablo y le dañó la brújula.

La novela de Mario Rey empieza con una referencia manifiesta de tipo literario, a la desesperada búsqueda del padre y de los orígenes que gobierna las páginas de Pedro Páramo, de don Juan Rulfo. Esta obsesión define los trazos centrales de la obra. Caminar en procura del padre y del origen es caminar hacia la profundidad del enigma fundacional, cuyo desciframiento jamás es posible del todo. La novela familiar es la eterna novela de la humanidad, podría haber dicho Marthe Robert. Las otras deudas literarias de esta estupenda ficción, que oscila entre la autobiografía y los sueños, son la de Kawabata con su Casa de las bellas durmientes y la de Gabriel García Márquez, cuando pone a la joven Eréndira a dormir en el lecho, extendida ante la absorta contemplación del anciano japonés, que

de ella sólo ansía el soplo de hierva de su respiración y la lejana abertura de sus labios idos. Deudas de escritor que el autor se cuida de hacer manifiestas, por honradez intelectual y porque la literatura es un tejido de inacabables influencias, según Harold Bloom.

Mario Rey está dentro de su novela, pero por fortuna también está fuera de ella, aquí entre nosotros. El uso de la primera persona como fuente narrativa aquí se ha sorteado de manera espléndida y distanciada, pues quienes hablan son siempre el mismo Rey cuya búsqueda plural constituye la inagotable ansiedad del texto, pero también de su autor. Exorcismo y catarsis, no otro es el imperativo de la buena escritura. Muy buena escritura, ante todo, y muy buena recreación de un importante periodo de la historia cultural de este país colombiano, a propósito o so pretexto de una profunda y desbocada exploración a los orígenes, que se abre en el mismo eslabón en que se cierra.